

REVOLUCION HISTORICA Y REVOLUCION ANACRONICA

Bernardo Ramírez Zuluaga

I) Personalidad de Ortega.—Cuando en uno de los postreros días de 1955 se anunció al mundo la muerte de José Ortega y Gasset el universo de la cultura se conmovió en sus cimientos más profundos: aquello era como si un cataclismo hubiese hundido de repente una de aquellas formidables cumbres que señoreara por mucho tiempo en la vasta inmensidad de un valle. Tanto era lo que aquel fornido filósofo y escritor representaba al penetrar en la nave misteriosa a cuyo sotavento emergería para él, libre al fin de las escorias mundanales, el gran acantilado de la Divinidad.

Fue Ortega, indudablemente, la figura más preclara de la llamada generación de 1914, a la cual pertenecen también, entre otros, Machado, Madariaga y el doctor Gregorio Marañón, maestro en la ciencia y en las letras. Asombrosas fueron las actividades culturales de Ortega y en ellas puso todas sus fuerzas físicas, intelectuales y afectivas. Era un espíritu inquieto que observaba atento y cuidadoso el curso del mundo para luego tratar con maestría sorprendente en sus escritos y conferencias todos los problemas y manifestaciones de la humanidad. La variedad de temas que agitó y trató: filosóficos, sociológicos, históricos, antropológicos, estéticos, literarios, demuestran claramente su magnífica universalidad encarnada en un humanismo viviente, vigoroso y dinámico.

Por varios años estuvo Ortega en Alemania, en donde adelantó estudios en las famosas universidades de Leipzig, Berlín y Marburgo.

En ésta última fue discípulo de Hermann Cohen, primer expositor de la filosofía kantiana y perteneciente al idealismo logicista. Aunque mucho influyeron sobre él los filósofos alemanes, principalmente Kant, Ortega quiso avanzar hacia una posición original. Es así como opta por no seguir el idealismo exagerado del filósofo de Koenigsberg y establece, entonces, la "Razón radical", la cual es una posición intermedia entre el idealismo y el realismo; y al racionalismo opone la tan célebre "razón vital", que constituye un esfuerzo por unir razón y vida. Además, y este es otro de sus méritos, en el pensamiento filosófico de Ortega se encuentran coincidencias con el historicismo de Dilthey y muchas anticipaciones del existencialismo de Heidegger.

II) "La rebelión de las masas".—Dentro de la vasta producción de Ortega, "La Rebelión de las Masas" sobresale como una de sus mejores obras y sigue siendo uno de los libros más fundamentales para el conocimiento y comprensión de gran parte de la problemática social y cultural del siglo XX. En esta obra se revelan, a la vez, el pensamiento profundo y analítico del filósofo y sociólogo; la claridad y precisión del expositor que domina su materia, y la amenidad estilística del escritor consumado.

"La Rebelión de las Masas" es una obra de carácter sociológico, aunque no en el sentido pleno de la palabra como corresponde al género literario al que pertenece y del cual Ortega fue maestro indiscutible: el ensayo. En el prólogo para los franceses el autor dice que ni él ni su obra son políticos y que del asunto que se ocupa "es previo a la política y pertenece a su subsuelo". En el epílogo para los ingleses afirma que su libro propugna y anuncia "el advenimiento de una forma más avanzada de convivencia europea, un paso adelante en la organización jurídica y política de su unidad".

Conocedor profundo de los problemas de la vida colectiva en el mundo moderno, Ortega estudia en su obra el hecho más importante en la vida pública europea del presente siglo: el advenimiento de las muchedumbres al pleno poderío social. A este fenómeno lo llama "la rebelión de las masas". Pero advierte que a las palabras "rebelión", "masas", "poderío social" no debe dárseles "un significado exclusiva o primariamente político". Y esto porque la "vida pública no es sólo política, sino a la par y aún antes, intelectual, moral, económica, religiosa"; "comprende, además, todos los usos colectivos". Para comprender adecuadamente el problema analizado por Ortega es necesario saber qué entiende él por masa. No se trata del término que indica el grado más débil de intensidad de la sociabilidad por fusión parcial en el nosotros, de que nos hablan G. Gurtvich y B. Mantilla

Pineda en sus obras de sociología, sino un concepto especial al cual Ortega le da en parte un significado de muchedumbre, de dato demográfico, pero principalmente de valoración y de estructura psicológica.

El fenómeno social de las aglomeraciones, del lleno total es característico de nuestro tiempo y se presenta en las ciudades y en todos los sitios. Antes, los individuos que integran las muchedumbres de ahora existían aisladamente o en pequeños grupos; tenían su sitio en los campos, aldeas, villas y barrios de las grandes ciudades, pero no existían como muchedumbre. Hoy esos individuos han aparecido súbitamente como muchedumbre; y esta masa social "se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad" y ha tomado posesión de todo cuanto constituye la civilización. El empuje de las muchedumbres por lograr la superficie de la historia y la regencia de la sociedad ha provocado la deserción de las minorías directoras y excelentes. Y como "las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decir que Europa sufre ahora la más grande crisis a que pueblos, naciones, culturas, cabe padecer".

Ortega habla de masas y de minorías selectas y directoras, pero esta división que hace de la humanidad no es una división en clases sociales sino en clases de hombres. "El hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás" y que acumula sobre sí dificultades y deberes, "aunque no logre cumplir esas exigencias superiores". El hombre selecto, por consiguiente, no es privativo de una determinada clase social sino que puede encontrarse en cualquiera. "Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo en bien o en mal", que no se exige nada especial; para él "vivir es ser en cada instante" lo que ya es, "sin esfuerzo de perfección sobre sí" mismo. El hombre-masa sólo posee apetitos y "cree que sólo tiene derechos", pero no cree tener obligaciones. "Más que un hombre, es sólo un caparazón de hombre constituido por meros idola fori". Vaciado "de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas internacionales". El hombre-masa carece de un yo que no se pueda revocar, y puede darse entre los científicos y entre los que ejercen profesiones liberales.

La acción directa es la manera de actuar que caracteriza al hombre-masa; no se cree obligado a sujetarse a normas, a discutir principios ni a tener razón; posee la psicología propia del heredero o del niño mimado: es arbitrario e irresponsable.

III) **Revolución histórica y revolución anacrónica.**—El capítulo X de "La Rebelión de las Masas" lleva el título "Primitivismo e Historia". Es en él en donde Ortega desarrolla su admirable e interesante tesis sobre lo histórico y lo anacrónico en las revoluciones, lo cual constituye la parte principal de mi trabajo, y que a continuación paso a exponer.

Naturaleza y civilización son dos mundos diferentes. La naturaleza siempre está ahí; se sostiene a sí misma. No así la civilización que por ser una creación del hombre necesita de él continuamente como su sostén imprescindible. El hombre-masa no se hace este planteamiento y por ello toma una actitud muy característica de acuerdo con su estructura psicológica. El ha nacido en la civilización, usa de ella y ha llegado a creer que "es tan espontánea y primigenia como la naturaleza". Desconoce los principios que sostienen el mundo civilizado; ignora o no le interesan los valores fundamentales de la cultura, "no se hace solidario de ellos, no está dispuesto a ponerse en su servicio". El hombre-masa se convierte así en un primitivo; su lugar es la naturaleza, la selva, no la civilización; es, pues, un ser anacrónico.

Ahora bien, a medida que avanza, la civilización va haciéndose más difícil y compleja hasta el punto de que hoy los problemas que plantea son harto intrincados. Ese crecimiento en complejidad y dificultad, para su mayor gravedad, coincide hoy con un número cada vez menor de personas que estén a la altura de tales problemas. No faltan medios para su solución. "Faltan cabezas". Existe, por consiguiente, un tremendo desequilibrio entre "la sutileza complicada de los problemas actuales" y las mentes necesarias para acometer su solución. Esto es lo que Ortega llama "la más elemental tragedia de la civilización".

"Todas las civilizaciones han fenecido por la insuficiencia de sus principios". Grecia y Roma no fracasaron a causa del hombre sino a causa de sus principios. Nuestra civilización, por el contrario no fracasa por ser insuficientes sus principios, pues los tiene en gran cantidad, fertilidad y agudeza, sino por la insuficiencia del hombre actual. Los principios en que ella se fundamenta han superado la receptividad del hombre normal y éste ha quedado rezagado al no poder marchar su mentalidad con el mismo ritmo acelerado de la civilización.

Entre los medios que pueden utilizarse "para conservar y continuar una civilización proyecta" está su mismo pasado, su experien-

cia, no porque el saber histórico pueda dar soluciones adecuadas "al nuevo cariz de los conflictos vitales", ya que la vida es diferente siempre, sino porque evita cometer los errores ingenuos de otros tiempos". Quien no tiene pasado, o lo olvida o no se sirve de él, no podrá evitar la involución, el retroceso a la barbarie ingenua y primitiva. Esto porque la realidad histórica, es decir, el mundo de lo humano, posee "una estricta anatomía y una clara estructura". En ella los hechos no se presentan sueltos, inconexos o carentes de organización, tal como se presentan, por ejemplo, los fenómenos naturales, a los que el científico tiene que inventarles una estructura. De aquí resulta que la historia humana se caracteriza por la continuidad y, por lo tanto, "no puede nunca comenzar de nuevo". Esta es la diferencia radical que la separa de la historia natural. Verdad tan evidente y fundamental es la que no han tenido en cuenta las revoluciones que han pretendido "transformar de un golpe todo y en todos los géneros". Ellas, que han sido incontinentes en proclamar los derechos humanos, han violado empero un "derecho fundamental del hombre que es la definición misma de su substancia: el derecho a la continuidad". Del pasado los hombres pueden conservar lo que les parezca más digno y acertado; pero "lo más importante de él es la memoria de los errores" y los defectos observados para no recaer en ellos. Pretender, pues, la ruptura de la continuidad con el pasado, "querer comenzar de nuevo es aspirar a descender y plagiar al orangután".

Por no haber tenido en cuenta los principios hasta aquí enunciados, el bolchevismo y el fascismo son dos ejemplos de movimientos típicos de hombres-masas, es decir, son anacrónicos y, por lo mismo, antihistóricos, no tanto por sus contenidos doctrinarios, que tienen indudablemente una verdad parcial, sino por la manera como trataron su parte de verdad. Bolchevismo y fascismo se presentaron como movimientos políticos nuevos: pretendían superar el pasado. Sin embargo, analizados únicamente en sus procedimientos, no resultan más que regresión substancial; no son algo nuevo, no superan el pretérito sino que vuelven a él. No aprovecharon la conciencia histórica y por eso cayeron en los errores y defectos de otros movimientos políticos del pasado. Lo ocurrido en Rusia no es, desde el punto de vista histórico, nada interesante; no es más que "una monótona repetición de la revolución de siempre, es el perfecto lugar común de las revoluciones".

De acuerdo con sus ideas y principios, expuestos con tanta claridad, Ortega pide que la evolución o la revolución sean "históricas y no anacrónicas"; que lleven en sí escorzado todo el pretérito para

que puedan superarlo y crear así una realidad política y social realmente nueva. Que utilicen la razón histórica y no la razón abstracta ni la idea pura, porque los problemas humanos son "problemas de máxima concreción" precisamente por el hecho de su historicidad. Esta es, sin duda alguna, una sabia y saludable lección de filosofía política que el gran pensador español quiso dar a los que se ocupan en dirigir y gobernar los pueblos.

IV) Actualidad del pensamiento orteguiano.—Después de esta visión sobre "La Rebelión de las Masas", en general, y sobre una de sus tesis, en especial: el concepto de lo histórico y el concepto de lo anacrónico aplicado a las revoluciones, debo ahora dar mi opinión acerca del pensamiento orteguiano que hasta aquí he tratado de resumir.

"La Rebelión de las Masas" es, quizá, la obra del filósofo y sociólogo español que más penetra en la compleja realidad de la vida social cotidiana. El fenómeno analizado por Ortega y que tanto lo preocupa, el del advenimiento de las muchedumbres a la vida pública, hecho nuevo en Europa pero viejo ya en América, es algo que en sí mismo no debe conturbarnos. Con la llegada del hombre medio al goce pleno de derechos en lo social y en lo político es el hombre mismo, el hombre en universal, el que ha subido de nivel, y la dignidad humana la que se ha puesto más de manifiesto. Otra cosa son ya las consecuencias gravísimas que se derivan para la cultura, la ciencia y la política con el tipo de hombre que hoy impera y que Ortega llama hombre-masa.

Fue el siglo pasado con su democracia liberal y su técnica, el que tuvo el mérito de haber propiciado el actual imperio de las multitudes, pero también tiene sobre sí la gran responsabilidad de haber producido al hombre-masa. Enseñó a las muchedumbres "las técnicas de la vida moderna" y les dio "los instrumentos para vivir intensamente", pero no las educó, no les insufló el espíritu ni la "sensibilidad para los grandes deberes históricos". He aquí los errores y defectos en que cayó el siglo XIX y que hoy es necesario corregir, no declarándose antiliberal, sino conservando lo que en ese liberalismo hubo de verdadero y razonable para poder superar lo que en él hubo de erróneo e imperfecto.

Hoy, cuando el mundo es agitado por un vendaval de anarquía política y moral; cuando todo movimiento que ambiciona conquistar el poder con el único fin de satisfacer los intereses económicos o políticos de un grupo, es llamado con el sugestivo nombre de revolucionario para obtener la adhesión de los incautos; hoy, pues, la lección de Ortega sobre lo histórico y lo anacrónico toma extraordinaria vi-

gencia frente a la realidad palpitante de la problemática universal. Ahora, más que nunca, es necesario volver a las páginas del pensador español para que se impregnen de realidad vital las mentes obnubiladas con las ideas puras y que no vacilan en sacrificar al hombre con tal de que ellas imperen.

En nuestro medio la palabra revolución, con su ambiguo y acomodaticio contenido político y social, se ha convertido en el pan intelectual de cada día. De revolución habla el político, más interesado en conquistar al electorado que en hacerla verdaderamente; de revolución habla el estudiante que, en la mayoría de los casos, no ha leído más de asuntos económicos, sociales y políticos que los folletos y periódicos comprometidos con partidos internacionales del otro lado del océano; de revolución habla el obrero o el empleado que hace sus primeras salidas de orador de plaza o de líder sindical. Todos quieren, pues, hablar de revolución, unos en pro, otros en contra, pero la inmensa mayoría de unos y de otros con la más absoluta irresponsabilidad porque ignoran las implicaciones, alcances y consecuencias de lo que dicen. La verdad, por lo tanto, es que hoy el tema de la revolución se nos impone como un verdadero "lavado de cerebro" y como una herramienta de explotación demagógica.

Nuestra organización política y social requiere cambios, radicales unos, superficiales otros, a fin de alcanzar una sociedad más justa y democrática en lo económico, en lo político y en lo cultural; mas no incurramos en la simpleza o ingenuidad de pedir transformación total, como si las sociedades pudieran regresar al pasado y volver a empezar; o de ver mal todo lo existente, lo cual, además de ser falso, es muy común en quien no está dirigiendo pero tiene un apetito desenfrenado de dirigir; o del que se cree depositario único de la verdad y dispensador de todas las soluciones cuando ni siquiera conoce los problemas. No seamos antihistóricos y retrógrados, es decir, hombres-masas, predicando reformas con métodos anacrónicos e indignos de la especie humana, como la piedra, el garrote o el "paredón". Quien se arma para imponer a los demás, a la fuerza, sus ideas políticas o sus creencias religiosas, revela inconscientemente su enclenque estructuración mental, su anemia intelectual y su impotencia para vencer por medio de la razón. Atendamos la enseñanza de Ortega, sabia y profunda como originaria que es de un hombre cuyo magisterio moral e intelectual tocó muy alto porque había llegado en sus estudios y meditaciones a la raíz misma de la problemática humana, social y cultural de nuestro tiempo, y pudo así contemplarla y comprenderla en la plenitud de su estructura y contenido.